



cerdocio, sino que llegó á ser inmundo, y fué ambien despojado de la dignidad real, y no pudiendo soportar su vergüenza, permaneció oculto todo el resto de su vida (1).»

Joatan, su hijo, ocupó el palacio y gobernó el reino, porque la lepra, segun la ley, exclu-

(1) In Isaiam, c. VI.

yendo á su padre de la sociedad de los hombres, no le permitia presidir el pueblo. Ozias murió á los sesenta y ocho años de edad, y fué enterrado en el campo donde estaban los sepulcros de los reyes, pero no en ellos, porque era leproso. Su hijo Joatan reinó en su lugar (1).

(1) 4, Reg., 1-7. Paral., 26, 21-23.

CAPÍTULO IV

Los profetas Jonás, Isaías, Amós, Oseas y Miqueas.

En este período, que no comprende más que el octavo siglo antes de Jesucristo próximamente, comienza una nueva época. Hasta aquí no hemos visto que el mundo político haya experimentado revolucion alguna de importancia general. Las conquistas anteriores de Nino y Je Semiramis pertenecen más bien á la mitología que á la historia. Sesostris no parece haber combatido y triunfado más que por la gloria, segun afirma Justino (1). Pero desde ahora el mundo se agita por una impulsión guerrera que dura quince siglos. Los asirios de Ninive comienzan á arrancar de Asia y de Africa el cetro de la dominacion universal. Ninive destruida y Roma edificada hace pasar su cetro á los caldeos de Babilonia, de estos á los persas, de los persas á los griegos y de estos á los romanos para ser al fin quebrantada por los bárbaros del Norte y para dar lugar al advenimiento del imperio universal, espiritual y pacífico de Cristo.

A este movimiento de las naciones responden el movimiento de los espíritus. Los hombres de quienes se vale la Providencia son, los pro-

(1) Justino llama al conquistador egipcio Vexorés, y le atribuye más antigüedad que á Nino. Despues de hablar de este último, añade: «Fuere quidem temporibus antiquiores, Vexores rex Ægypti, et Scythie rex Tanais; quorum alter in Pontum, alter usque in Ægyptum excessit. Sed longinqua, non finiti ma bella gerebant, nec imperium sibi, sed populis suis gloriam quæreban, contentique victoria, imperio abstinebant. Ninus magnitudinem quæsitæ dominationis continua possessione firmavit.» L. 1, cap. I. Pero ya hemos visto que, segun los descubrimientos modernos, el reinado de Sesostris coincide con el viaje de los hebreos al desierto. Nino y Semiramis son, pues, necesariamente posteriores á esta época.

fetas en Israel, los poetas y filósofos en los demás pueblos.

Profeta en general es el hombre á quien se manifiesta de una manera sobrehumana, ora lo pasado, ora lo presente, ora lo futuro. En un principio se le daba el nombre de vidente, atendido á que por un dón especial del cielo veia lo que los demás no veian. El primer profeta fué el primer hombre. Dios le reveló lo pasado, lo presente y lo futuro: lo pasado, manifestándole de qué manera habia sacado de la nada á él y á todo el universo que se ofrecia á su vista; lo presente, manifestándole qué era él mismo y qué los séres que le rodeaban, los medios de conservarse, los deberes que imponia á su razon, á su corazon y á sus sentidos; lo futuro, instruyéndole en sus inmortales destinos, y despues de su caída sus esperanzas de misericordia y de salvacion. Despues de Adan se ven en primera línea á Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Samuel, David, Elías y Eliseo. Pero cuando los profetas aparecen en mayor número y cuentan con más claridad lo futuro, es en el momento en que el mundo va á cumplir los designios que él no conoce. Por entonces Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, con otros doce más, escriben de antemano la historia de los cuatro grandes imperios, ó más bien de las cuatro grandes épocas del mismo imperio universal asirio-babilónico, medo-persa, griego y romano, así como los destinos del Egipto, de la Etiopía, de Elom, de Moab, de Tiro, de Sidon, y en particular los destinos de Israel. Lo que principalmente escriben es el advenimiento de Cristo y el establecimiento de su imperio, en una palabra, la historia de la Iglesia Católica, la historia de la humanidad,



Escriben en lengua de Oriente, país adonde los sábios de Occidente irán á buscar su sabiduría, y con un estilo que los poetas de las naciones no sabrán igualar. Decimos en lengua oriental, porque estas lenguas que nosotros distinguimos con diferentes denominaciones, las lenguas hebrea, fenicia, samaritana, siríaca, caldea, árabe y etiope, no son, propiamente hablando, diferentes lenguas, sino dialectos de un solo y único idioma que puede designarse con el calificativo de lengua oriental.

¡Cosa singular! Hay tantos profetas como próximamente naciones influyentes en los destinos del mundo. Entre los profetas que han dejado escritos, hay cuatro que se llaman mayores porque dejaron escritos de mayor consideración; estos son: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Después doce que se llaman menores porque escribieron poco; son estos: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Diez y seis ó diez y siete si se añade á Baruch. Pero entre las naciones que más han influido sobre los destinos del universo, y muy principalmente sobre los destinos intelectuales, se cuentan ocho ó nueve en la antigüedad: los caldeos, los persas, los griegos, los romanos, los chinos, la India, el Egipto, la Fenicia y la Judea; y de siete á ocho en los tiempos modernos: los árabes, los españoles, los italianos, los ingleses, los alemanes, los eslavos y los franceses.

¡Otra rara coincidencia! Desde el momento en que los profetas de Israel comenzaron á escribir la futura historia del mundo, desde entonces cesan los tiempos fabulosos entre algunos otros pueblos; desde entonces y sólo desde entonces comienzan los tiempos históricos para algunos: desde entonces solamente comienza á haber épocas ciertas en sus anales, las olimpiadas entre los griegos, 776, y la era de Nabonasar entre los caldeos, 747 antes de Jesucristo. Las olimpiadas, así llamadas por los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años cerca de la ciudad de Olimpia en el Peloponeso, eran por esta causa una revolución de cuatro años. La primera se cuenta desde el año 776 antes de Jesucristo. Esta era sirvió más

tarde á los historiadores griegos para fijar la época de los principales sucesos. El más sábio de entre los romanos, Varron, dice que todo lo que se remonta más allá de esta época pertenece á la fábula. La era de Nabonasar es así llamada de un rey de Babilonia, por el cual el astrónomo Ptolomeo en el segundo siglo de la era cristiana, da principio una tabla cronológica de veinte reyes asirios, diez reyes persas, tres griegos, diez del Egipto y doce emperadores romanos. Hizo esta tabla para facilitar la cronología de las observaciones astronómicas. Y como las observaciones más antiguas que se hicieron bajo su conocimiento no se remontan más allá del reinado de Nabonasar, 747, comienza por esto desde esta época el principio de su era.

Hacia este tiempo próximamente se coloca la fundación de Roma (753). Pero esta época no es tan fija. El principio de la historia de Roma ha sido siempre considerado como muy dudoso, sobre todo, después de los estudios hechos por algunos sábios modernos.

Roma será la última capital de la monarquía universal. El jefe de los Apóstoles, San Pedro, irá allí para predicar el Evangelio; el apóstol San Juan predicará su destrucción como ciudad pagana y cabeza de la idolatría. La primera capital de este imperio, Ninive, es considerada de una manera análoga. El más antiguo de los diez y seis profetas, Jonás, es enviado allí para predicar la penitencia. Nahum no tendrá otra misión que predecir su destrucción final. Una cosa análoga sucederá con Babilonia, como ya veremos.

Ninive era la capital del imperio de Assur ó Asiria. Este imperio era así llamado de Assur, segundo hijo de Sem, que salió de la tierra de Senaar, edificó á Ninive y tres ciudades más cuando Nemrod acababa de establecer su dominación en Babilonia, capital de la Caldea. Uno de los sucesores de Assur, Belo, se hizo dueño de Babilonia; su hijo, Nino, según se dice, extendió su dominación por todas partes y engrandeció la ciudad de Ninive, á la que dió su nombre, y de la que hizo asiento de todo su vasto imperio. Su mujer, Semiramis, que le sucedió en el trono, si puede darse crédito á los



historiadores griegos, á quienes el caldeo Beroso acusa tal vez con razón de mítológico error en todo esto, realizó empresas y consiguió victorias por los tiempos en que Jacob descendió al Egipto. La Asiria parece haber sido momentáneamente subyugada por Sesostris hácia el tiempo de Moisés. Sin embargo, el profeta Balaam amenaza á los cineos con las armas de Assur. En tiempo de David y de Salomón, once siglos antes de la era cristiana, debía estar muy debilitado el poder de este imperio, bien por alguna grande revolución, ó bien por la molición de los príncipes que la gobernaban, puesto que los asirios no se opusieron á las conquistas de estos dos reyes ni á las expediciones que hicieron hasta las márgenes del Eufrates. Más tarde, en el siglo VIII, los babilonios y los medos sacudieron el yugo de los reyes de Asiria, se apoderaron de Ninive, cambiando allí la forma de gobierno. Se cree que el jefe de los babilonios en esta ocasión era el mismo Nabonasar, y que se llamaba también Belesis. Pero después de algún tiempo los reyes de Assur salieron de su decadencia y los conocemos con los nombres de Phul, de Salmanasar y de Senaquerib, llevando cautivos á los hijos de Israel, hasta que por último, Ninive y su imperio fueron completamente destruidos por los medos y los babilonios en los años que siguieron á la muerte del viejo Tobías.

La Asiria, la Caldea, la Media y la Persia pueden considerarse como cuatro provincias de un mismo imperio. Algunas veces formaban Estados separados; con frecuencia constituían una vasta monarquía, cuyo centro fué sucesivamente Ninive, Babilonia, Ecbatana ó Susa y Persépolis, según que iban dominando una ú otra provincia. Los reyes asirios-babilonios aparecen allí como una primera dinastía indígena; los reyes medo-persas como la segunda; Alejandro de Macedonia con sus sucesores como dinastía extranjera. Este imperio fué como la cuna de los conquistadores; de él procede la idea de la dominación universal. Mientras que en la parte oriental del Asia vemos á la India y á China invadidas algunas veces, trabajadas otras por revoluciones intestinas, llevando sus armas muy pocas veces fuera de su territorio, vemos en el Asia occidental un Nemrod, un

Belo, un Nino, una Semiramis, á los Nabucodonosor, á los Ciro, á los Cambises, á los Daríos y á los Jerjes aspirar á la conquista del universo llevando sus armas hasta el Africa y la Europa. Estas revoluciones en grande escala, así como los griegos y romanos que excedieron á estas, realizaban, sin saberlo, el plan de la divina Providencia, unificando en un mismo imperio el Asia, la Europa y el Africa, y preparando así al mundo al imperio pacífico de Cristo. Hé aquí el gran pensamiento de la historia antigua.

Veremos también á los profetas de Dios anunciar al conquistador de la paz, trazándonos de antemano la historia de su Iglesia, y al propio tiempo la historia de esta monarquía universal, que de Ninive había de pasar á Roma. Dos de estos profetas, Jonás y Nahum, no profetizaron más que de Ninive.

El primero, cuyas predicciones tenemos en un libro que lleva su nombre, Jonás, fué enviado á la más antigua capital de la monarquía conquistadora.

Este profeta apareció más tarde en los primeros años de Jeroboam II; pues como ya hemos visto, se dice de este rey que se apoderó de las conquistas de los sirios, según la palabra que Jehová, Dios de Israel, había pronunciado por su siervo Jonás, hijo de Amathi, profeta que estaba en Geth de Opher (1). Este lugar pertenecía á la tribu de Zabulon, que estaba situada en la Galilea.

Refiriéndonos á los antiguos, Ninive, edificada sobre el Tigris, era de una extensión inmensa; era, como ya hemos dicho, una comarca cerrada con grandes murallas. Estas murallas de cien pies de altas tenían un espesor que fácilmente podían pasar por ellas tres carros colocados uno al lado de otro marchando de frente. Sus flancos estaban adornados con mil quinientas torres de doscientos pies de altura. El interior de este recinto no estaba todo ocupado por casas; además de las grandes pla-

(1) Ipse restituit términos Israel, ab introito Emath usque ad more solitudines, juxta sermonem Domini Dei Israel, quem locutus est per servum suum Jonam filium Amathi prophetam, qui erat de Geth, quæ est in Opher. (4 Reg., 14-25.)



zas, habia grandes jardines, subterráneos y templos. En tiempo de Jonás se necesitaban tres dias de camino para recorrer la ciudad.

Orgullosa de su mucha extension, llena de riquezas del Asia, de que era dueña, Nínive se habia entregado á la corrupcion, muy ordinaria en las grandes poblaciones, así antiguas como modernas. El grito de sus desórdenes subió hasta Aquel que desde lo alto del cielo contempla á todos los hijos de los hombres (1). La venganza estaba ya próxima; la misericordia la previno, y mandó á Nínive un enviado para que predicara en ella la doctrina de verdadera penitencia.

En vez de obedecer la orden de Dios, Jonás huyó á Jopho, ó Jhoppé, actualmente Jaffa, sobre el Mediterráneo, y allí se embarcó en un navío que se hacia á la vela para Tharsis, palabra por la cual se pueden entender las costas de Africa. Cuando la embarcacion se puso en marcha, el Eterno suscitó una tempestad, en la que parecia que el navío queria estrellarse. Los marineros, llenos de terror, invocaban todos á su Dios, arrojando en el acto toda la carga al mar para aligerar de su peso el buque. Jonás, sin embargo, se habia bajado hasta la cala del buque y allí dormia muy tranquilo, hasta que convencidos de que la culpa de aquel castigo era Jonás, le arrojaron al mar, pues que él mismo así se lo habia ordenado creyéndose culpable, y entonces el mar quedó tranquilo y sereno.

Jonás, arrojado al mar, y libre de la tempestad, sale al fin de tres dias del vientre del pescado, ó quizás, segun antigua tradicion, del seno de la caverna que le habia tragado. Se sabe que es una opinion ordinaria de la antigüedad, que las tempestades de que se veian acometidas las embarcaciones, denunciaban la presencia en el navío de un gran culpable, y que el cielo podia ser pacificado con el sacrificio del mismo. Diagoras fué arrojado tambien al mar, y San Pablo pasaba por un asesino perseguido en las aguas de Malta por la cólera celestial. En cuanto á la morada de Jonás en las entrañas del pescado, ha dejado vestigios en las tra-

(1) Salmo 32.

diciones paganas. Hércules, perseguido por el perro de Triton, saltó armado á la boca del monstruo, dice Licofron; permaneció tres dias en su interior, le destruyó el hierro de su armadura, y obligó al monstruo á que le devolviera la libertad. M. el abate Darras refiere el texto del mitólogo griego (t. II, p. 690).

El recuerdo de Jonás y del pescado parece hallarse en el culto del *dios pescado* de Nínive. Es notable que el dios Ao esté revestido con una piel de pescado cuya cabeza forma una especie de capucha.

Nada se conserva más vivo en las poblaciones que habitan cerca de las ruinas de Nínive, que la memoria de Jonás. No solamente se venera cerca de Mossoul la tumba de Jonás, *Nebi Unas*, monumento levantado sobre un pequeño monte en las márgenes del Tigris, en una reducida mezquita cuya entrada está prohibida á los cristianos, sino que se celebra en ella todos los años una fiesta de peregrinacion, á la que acuden desde tiempos inmemoriales millares de personas, precedidas de tres dias de ayuno y uno de regocijo. «Es la conmemoracion, dice Victor Place, de la penitencia impuesta á los ninivitas y de su conversion (1).

M. Victor Place, á quien se debe el descubrimiento de la ciudad de Khorsabad y de la mayor parte del palacio de esta gran ciudad, ha sido testigo ocular de la consagracion que todos los años tributa una ciudad entera á uno de los hechos más antiguos y más extraños de la Biblia.

Cada uno de sus descubrimientos, así como los de M. Botta y de M. Layard, confirman hasta en sus más pequeños detalles la exactitud de las relaciones bíblicas. Así, por ejemplo, se sabe lo que dijo Jonás de la grandeza de Nínive; los dos puntos extremos hasta aquí explorados de las ruinas de esta capital, están á una distancia de catorce kilómetros en línea recta, y unidos juntamente por los restos de un recinto que comprende toda la llanura. Asimismo se ha podido dar cuenta de los trajes, costumbres, creencias y hábitos por los monumen-

(1) Carta á M. el abate Leveque, 12 de Mayo, 1853, *Anales de la filosofía cristiana*, c. 49.



tos con que van enriqueciéndose nuestros museos.

Jonás va á Nínive y anuncia á sus habitantes la verdadera penitencia para aplacar la cólera del Señor, y oyendo la voz del profeta los ninivitas creyeron en Dios y publicaron un ayuno; grandes y pequeños se cubren con sacos. El rey de Nínive se levantó de su trono, abandonó la púrpura, se cubrió con saco y ceniza en señal de penitencia, é hizo publicar en su nombre y en el de sus príncipes una orden general para que hicieran ayunos é hiciesen ayunar á los animales, convirtiéndose todos de las vías de iniquidad.

Revestido Isaías con la mision profética por el Dios tres veces santo, levanta su voz y llama al Universo entero para juzgar á la nacion culpable.

En medio de las predicciones terribles para la casa de Jacob, las hay tambien llenas de consuelo para la posteridad de Adam.

Hé aquí lo que será en los últimos dias: «La montaña de la casa de Jehová quedará fundada sobre lo alto de los montes y se elevará por encima de las colinas; todas afuirán á ella. Y la multitud de los pueblos acudirá allí diciendo: Venid y subamos á la montaña de Jehová, á la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos y nosotros marcharemos por sus senderos; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Jehová de Jerusalem. Él juzgará á las naciones, y convencerá á muchos pueblos, y de sus espadas forjarán rejas de arados y de sus lanzas hoces. No alzará la espada una nacion contra otra nacion, ni se ensayarán más para la guerra. Casa de Jacob, venid y caminemos á la luz de Jehová (1).»

Este anuncio de reunion y de pacificacion universal la renueva otro profeta, Miqueas, con los mismos términos y por este tiempo (2).

En esta casa de Jehová toda la tradicion cristiana, con el apóstol de las naciones, ha reconocido á la Iglesia, casa de Dios, columna y cimiento de toda verdad. La montaña sobre la cual estaba edificada esta casa, es la piedra

(1) Isaías, 2, 1-5.

(2) Miqueas, 4, 1-2.

desprendida sin la participacion del hombre, y que ha de ocupar toda la tierra, el Cristo que fué exaltado por su padre y recibió de Él un nombre que está sobre todo nombre. Esta montaña de Jehová se eleva sobre la cima de las otras montañas; el Cristo se ensalza sobre cuanto hay más elevado, sobre Moisés, sobre los profetas y sobre los apóstoles. A esta montaña, á la casa edificada sobre ella, á Cristo y á su Iglesia es donde afluyen las naciones, los partos, los medos, los griegos, los romanos, los germanos y los árabes.

Hasta aquí ha habido una continua lucha y guerras sangrientas en las que Nínive, Babilonia, Ecbatana, Persépolis, Grecia y Roma se disputan el imperio del mundo; Sila, Mario, Pompeyo, César, Antonio y Octavio el de Roma. Pero cuando sobre la cima de las montañas aparece la casa de Dios, toda esta parte del universo está en paz y rehusa la guerra.

Más tarde, los pueblos del Norte, los hunos, godos, vándalos y sajones, civilizados con la ley que procede de Sion, cambian sus espadas por instrumentos del trabajo; no será más la guerra el estado habitual de ninguno de ellos. Y despues de diez y ocho siglos, los pueblos que se hacen cristianos no cesan de decir á los demás pueblos dispersos: «Casa de Jacob, venid y caminemos hácia la luz de Jehová (1).»

Esta reprobacion de los judíos, esta conversion de los gentiles, Oseas, hijo de Beari, la anunciaba ya en otro tiempo por medio de una profecía de accion y de palabra. Sacrificando la naturaleza á la inspiracion y sacrificándose él mismo, presenta la figura de este Israel que se prostituye á todos los falsos dioses y á quien siempre ama el verdadero Dios. Revela la venganza de Dios sobre este pueblo corrompido, «que ya no es su pueblo,» y la misericordia divina, que en vano intercede, y la justicia que se hará con los opresores. Que los hermanos clamen: «Somos hermanos.» Samaria, que consumió la separacion, es condenada con el anatema: «Perezca, pues, ella; que sus habitantes sean pasados al filo de la espada, perezcan las mujeres que están en cinta y sus hijos sean ase-

(1) San Jerónimo, in cap. II. Is. et cap. IV Mich.